

cion las culpas pasadas, y haciendo un firme propósito de perder antes la vida, que ser á Dios ingrato : á ordenar tus ocupaciones y ejercicios de tal manera que todos los dias destines algun tiempo á la lectura de algun libro espiritual y á la contemplacion de los divinos misterios ; y últimamente, de esta soledad debes sacar la renovacion de tu espiritu y la salud de tu alma. Todos cuantos pretextos quieras oponer contra ella no serán otra cosa que lazos del demonio é invenciones de tu misma depravacion para confirmarte mas en tu ruina. Ni la hacienda, ni la mujer, ni los hijos, ni la evacuacion de tus negocios te importa tanto como tu salvacion. Perdido este negocio, todos los demás están perdidos. Para una cosa de tanta importancia se halla fácilmente oportunidad y tiempo cuando la voluntad es sencilla. Por ocupado que estés, no dejas de curarte un brazo si se te quiebra, ó de perseguir á un ladron si te roba la hacienda de tu casa. Y ¿querrás comparar con estas cosas percederas el asunto de tu salvacion, un asunto que le costó al Hijo de Dios todo el infinito precio de su sangre? Soledad, cristiano, retiro espiritual, abstraccion del mundo, que este es el medio poderoso de que llegues á ser eternamente feliz.

DIA VEINTE Y SEIS.

SAN EVARISTO, PAPA Y MÁRTIR.

Fué san Evaristo griego de nacimiento ; pero originario de Judea, como hijo de un judio llamado Judas, natural de Belen, que fijó su residencia en la Grecia, y educó á su hijo en la doctrina y principios de su religion. Nació por los años de 60, con tan bellas disposiciones para la virtud y para las letras, que su padre dedicó el mayor cuidado á cultivarlas, dando al niño maestros hábiles que le instruyesen tanto en estas como en aquella. Era Evaristo de excelente ingenio, de costumbres inocentes y puras ; por lo que hizo grandes progresos en breve tiempo. No se sabe cuándo ni dónde tuvo la dicha de convertirse á la fe de Jesucristo, como ni tampoco con qué ocasion vino á Roma ; solo se sabe que era del clero de aquella iglesia, madre y maestra de todas las demás, centro de la fe y de la religion, á quien tributa tantos elogios san Ignacio, obispo de Antioquia. Alaba el santo á los fieles de Roma, singularmente por su fidelidad, por su valor y por su constancia en la fe, por la pureza de sus costumbres, y por aquella caridad que los constituia modelos de los fieles esparcidos en todas las demás iglesias. Sobre todo, ensalza la grande union, que se observaba entre ellos, y el sumo horror que profesaban al cisma y á los errores de tantos herejes como á la sazón affligian y despedazaban la Iglesia de Jesucristo. Pero todos convienen en que estos elogios eran propiamente el panegirico del santo papa Evaristo, cuyo zelo y cuya santidad, generalmente reconocida

y celebrada en toda Roma, sostenia la virtud de todos los fieles; pues, siendo todavia un mero presbítero, encendia el fervor y la devocion en los corazones de todos con sus instrucciones, con su caridad y con sus ejemplos. Era tan universal la estimacion y la veneracion con que todos le miraban, que, habiendo sido coronado con el martirio el santo pontífice Anacleto, sucesor de san Clemente, glorioso fin de todos aquellos primeros papas, solo vacó la silla apostólica el tiempo preciso para que se juntase el clero romano, el cual, sin deliberar un solo momento, á una voz colocó en ella á san Evaristo. No hubo en toda la Iglesia quien desaprobase esta eleccion sino el mismo santo. Por su profunda humildad, por el bajo concepto que tenia hecho de si mismo, por la grande estimacion que hacia de la ciencia, de la virtud y del mérito de todos los demás que componian el clero, dudó mucho que aquella eleccion fuese dirigida por el Espíritu Santo: renuncióla, resistióla, representó su indignidad; pero su misma resistencia acreditó mas visiblemente lo mucho que la merecia. En fin, á pesar de su humildad, le fué forzoso rendirse y ceder á la voluntad de Dios, manifestada por la voz del pueblo y por los unánimes votos de toda la clerecia. Fué consagrado el día 27 de julio hácia el año de 108 del Señor.

Luego que el nuevo papa se vió colocado en la silla de san Pedro, aplicó todo su desvelo á remediar las necesidades de la santa Iglesia en aquel calamitoso tiempo, perseguida en todas partes por los gentiles, y cruelmente despedazada por los herejes. Los simoniacos ó los simonianos, los discípulos de Menandro, los nicolaitas, los gnósticos, los cainianos, los discípulos de Saturnino y de Basilides, los de Carpócrates, los valentinianos, los helcesaitas, y algunos otros herejes, animados por el espíritu de las tinieblas, hacian todos sus esfuerzos y se valian de todos sus artificios

para derramar por todas partes el veneno de sus errores, singularmente entre los fieles de Roma; persuadidos de que una vez inficionada la cabeza del mundo cristiano, luego se dilatara á todo el cuerpo la ponzoña del error, haciendo el mayor estrago. Pero como Jesucristo tenia empeñada su palabra de que las puertas del infierno jamás prevalecerian contra su Iglesia, para detener esta inundacion de iniquidad, y para disipar esta multitud de enemigos, habia dispuesto su amorosa providencia que ocupase san Evaristo la cátedra de la verdad. Con efecto, se aplicó el santo pontífice con tanto desvelo á cuidar del campo que el Señor le habia confiado, que nunca pudo lograr el hombre enemigo sembrar en él la zizaña. Todos los fieles de Roma conservaron siempre la pureza de la fe; y aunque la mayor parte de los heresiarcas concurió á aquella capital para pervertirla, el zelo, las instrucciones y la solicitud pastoral del santo papa fueron preservativos tan eficaces, que jamás pudo inficionar el corazon de un solo fiel el veneno del error.

Pero esta pastoral solicitud del vigilante pontífice no se limitó precisamente á preservar los fieles de doctrinas inficionadas; adelantóse tambien á perfeccionar la disciplina eclesiástica por medio de prudentísimas reglas y decretos, que fueron de grande utilidad á toda la Iglesia. Distribuyó los títulos de Roma entre ciertos presbíteros particulares para que cuidasen de ellos. No eran entonces estos títulos iglesias públicas, sino como unos oratorios privados dentro de casas particulares, donde se congregaban los cristianos para oír la palabra de Dios, para asistir á la celebracion de los divinos misterios, y para ser participantes de ellos. Llamábanse *títulos*, porque sobre sus puertas se grababan unas cruces para distinguirlos de los lugares profanos; así como los sitios públicos se distinguian por las estatuas de los emperadores, á los

cuales se les daba el mismo nombre de *títulos*. Los presbíteros nombrados para la dirección de aquellos oratorios, eran propiamente los párrocos de Roma, que en tiempo de Optato eran en número de cuarenta. Ordenó también que, cuando predicase el obispo, le asistiesen siete diáconos para honrar más la palabra de Dios, y por respeto á la dignidad episcopal en el principal ministro de ella. Asimismo mandó que, conforme á la tradición apostólica, se celebrasen públicamente los matrimonios, y que los desposados recibiesen en público la bendición de la Iglesia. Atribuyense á san Evaristo dos epístolas, una á los fieles de Africa, y otra á los de Egipto. Esta es sobre la reforma de las costumbres; y en aquella se condena que un obispo pase de un obispado á otro puramente por ambición ó por interés, declarándose que no son lícitas semejantes traslaciones sin una evidente necesidad, y sin que se haga canónicamente la misma traslación. Ocupado total y únicamente san Evaristo en dar todo el lleno á las obligaciones de buen pastor, no descargaba enteramente el cuidado de repartir el pan de la divina palabra en los santos presbíteros que habia nombrado para cada parroquia; él mismo le distribuía cotidianamente á su pueblo, y aun muchas veces al día. Extendíase su infatigable zelo hasta los niños y hasta los esclavos, debiéndose á esta menuda solícitud, á esta caridad universal, eficaz y laboriosa la conservación de todo su rebaño en la pureza de la fe, á pesar de los artificios y de los lazos que armaban tantos heresiarcas.

Aunque el emperador Trajano fué en realidad uno de los mayores príncipes que conoció el gentilismo, tanto por su dulzura como por su moderación, no por eso fueron mejor tratados en su tiempo los que profesaban la religión cristiana. Antes bien no cedió ni en tormentos ni en crueldades á las demás persecu-

ciones la que padeció la Iglesia en tiempo de este emperador. Hacia gloria Trajano de ser más religioso que los otros príncipes, y de mantener las leyes del imperio romano en todo su vigor. Es verdad que no publicó edicto nuevo contra nuestra religión, según se lee en san Meliton y en Tertuliano; pero tenia mortal aversión á los cristianos, porque no los conocia sino por los horrorosos retratos que le hacian, así sus cortesanos idólatras, como los sacerdotes de los ídolos; y bastaba esta aversión para excitar contra ellos á los pueblos y á los magistrados.

Luego que se dejó ver en la tierra nuestra santa religión, comenzó á experimentar el odio que ordinariamente sigue á la verdad, contando tantos enemigos como esta tiene contrarios. Uno de los principales motivos de esta pública y general aversión fué la pureza de la doctrina evangélica, tan opuesta á la universal corrupción de los gentiles; y como las potestades del infierno, que tenían tiranizado al mundo, habian sido vencidas por la cruz de Jesucristo, cabeza y fundador del cristianismo, convirtieron estas todo su furor contra el nombre y contra la religión de los cristianos. Eran estos la execración de los grandes y el horror de los plebeyos; porque la pureza de sus costumbres y la santidad de su vida servia de muda, pero cruel censura de sus comunes desórdenes y de la impiedad del paganismo. Fuera de eso, para hacer todavía más odioso el Evangelio á todo el mundo, no cesaba el demonio de sembrar por todas partes las más horribles calumnias contra los cristianos; pintándolos como hechiceros y como magos, que con sus sortilegios y hechicerías encantaban á las gentes. Sus milagros eran encantamientos; sus juntas nocturnas y secretas conventículos de infamias y de prostituciones, ocultando bajo una aparente modestia y compostura unas almas negras, corrompidas y disolutas.

Preocupados todos de esta manera, lo mismo era ver á un cristiano, que gritarle públicamente: *Al malvado, al facineroso*; y por consiguiente, sin otra formalidad que confesar uno que lo era, condenarle al último suplicio. De este mismo principio nacian aquellos tumultos populares en el circo, en los anfiteatros, en los juegos públicos, en los cuales, sin que precediese por parte de los fieles el mas mínimo motivo, levantaba el grito la muchedumbre, pidiendo alborotadamente su muerte y la extirpacion de su secta. A estos amotinamientos populares se atribuye la persecucion de la Iglesia en el imperio de Trajano. Esta persecucion se señala en la crónica de Eusebio hácia el año de 108 de Jesucristo, el oncenno de dicho emperador, y duró hasta la muerte de este principe, que sucedió el año de 117, á los diez y nueve de su reinado.

No podia estar á cubierto de esta violenta tempestad el santo pontífice Evaristo, siendo tan sobresaliente la eficacia de su zelo, y tan celebrada en toda la Iglesia la santidad de su vida. El desvelo con que atendia á las necesidades del rebaño hicieron odioso á los enemigos del cristianismo al santo pastor; sin que en su avanzada edad entibiase su apostólico ardor, ni fuese motivo para moderar sus excursiones y sus gloriosas fatigas. Siendo tan visibles y tan notorias las bendiciones que derramaba Dios sobre su zelo, de necesidad habian de meter mucho ruido, ó á lo menos era imposible que del todo se ocultasen á los enemigos de la religion. Crecia palpablemente el número de los fieles, y regada la viña del Señor con la sangre de los mártires, se ostentaba mas lozana, mas florida y mas fecunda. Conocieron los paganos que esta fecundidad era efecto de los sudores y del zelo del santo pontífice; por lo que resolvieron deshacerse de él, persuadidos de que el medio mas eficaz para que se derramase el rebaño, era acabar con el pastor. Echáronle mano, y

le metieron en la cárcel. Mostró tanto gozo al ver que le juzgaban digno de derramar su sangre y dar su vida por amor de Jesucristo, que quedaron atónitos los magistrados, no acertando á comprender cómo cabia tanto valor y tanta constancia en un pobre viejo, agobiado con el peso de los años. En fin, fué condenado á muerte como cabeza de los cristianos; y aunque se ignora el género de suplicio con que acabó la vida, es indubitable que recibió la corona del martirio el día 26 de octubre del año del Señor de 117 ó 118, honrándole hasta el día de hoy como á mártir la universal Iglesia.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, san Evaristo, papa y mártir, que purpuró con su sangre la Iglesia de Dios bajo el emperador Adriano.

En Africa, san Rogaciano, presbítero, y san Felicísimo, mártires, que consiguieron una ilustre corona en la persecucion de Valeriano y de Galiano, y de quienes habla san Cipriano en su epístola á los confesores.

En Nicomedia, san Luciano, san Floro y compañeros, mártires.

El mismo dia, san Quodvultdeus, obispo de Cartago, quien, habiendo sido puesto con todos sus clérigos por el rey arriano Genserico en unos barcos viejos sin remos ni velas, aportó á Nápoles contra toda esperanza; y viviendo allí en destierro, murió con la calidad de confesor.

En Narbona, san Rústico, obispo y confesor, que floreció en tiempo de los emperadores Valentiniano y Leon.

En Salerno, san Gaudesio, obispo.

En Pavia, san Fulco, obispo.

En dicha ciudad, san Cuadragésimo, subdiácono, que resucitó á un muerto.

En Agenois, san Morino, venerado como mártir.

En Angulema, san Aptono, obispo.

En Farmoutier en Brie, la venerable Gibitruda, virgen.

En Metz, san Sigisbaudo, obispo.

Cerca de Roma, la aparicion de la Cruz á Constantino.

En Ultonia de Irlanda, san Nasado, confesor.

En el ducado de Northumberland, san Ceda, obispo de los Sajones orientales sobre el Tamesis.

En Agustald en Inglaterra, san Eato, obispo.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente:

Infirmi-
tatem nostram respi-
ce, omnipotens Deus, et quia
pondus propriæ actionis gravat,
beati Evaristi martyris tui atque
pontificis intercessio gloriosa
nos protegat. Per Dominum
nostrum...

Atiende, ó Dios todopoderoso,
á nuestra flaqueza, y pues nos
opreme el peso de nuestros pe-
cados, dignate de sostenernos
por la gloriosa intercesion de tu
bienaventurado mártir y pontí-
fice san Evaristo. Por nuestro
Señor...

La epístola es del capítulo 1 del apóstol Santiago

Charissimi : Beatus vir, qui
suffert tentationem : quoniam,
cùm probatus fuerit, accipiet
coronam vitæ, quam repromisit
Deus diligentibus se. Nemo,
cùm tentatur, dicat quoniam à
Deo tentatur. Deus enim inten-
tator malorum est : ipse autem
neminem tentat. Unusquisque ve-

Carísimos : Bienaventurado el
varon que sufre la tentacion :
porque, quando fuere examina-
do, recibirá la corona de vida
que prometió Dios á aquellos
que le aman. Ninguno, quando
es tentado, diga que es tentado
por Dios; porque Dios no es ten-
tador de cosas malas : pues él á

rò tentatur, à concupiscentia sua
abstractus et illectus. Deinde
concupiscentia, cùm conceperit,
parit peccatum : peccatum ve-
rò, cùm consummatum fuerit,
generat mortem. Nolite itaque
errare, fratres mei dilectissimi.
Omne datum optimum et omne
donum perfectum, desursum
est ; descendens à Patre lumi-
num, apud quem non est
transmutatio, nec vicissitudinis
abumbratio. Voluntariè enim
genuit nos verbo veritatis, ut
simus initium aliquod creaturæ
ejus.

nadie tienta. Sino que cada uno
es tentado por su propia concu-
piscencia, que le saca de sí y le
aficiona. Despues la concupis-
cencia, habiendo concebido,
pare al pecado ; y el pecado des-
pues, siendo consumado, engen-
dra la muerte. No queráis, pues,
errar, hermanos míos muy ama-
dos. Toda buena dádiva, y todo
don perfecto viene de arriba,
descendiendo del Padre de las
luces, en el cual no hay mudan-
za ni sombra de vicisitud. Por-
que él de su voluntad nos en-
gendró por la palabra de ver-
dad, para que seamos algun
principio de su criatura.

NOTA.

« La epístola del apóstol Santiago, llamado el *Menor*, obispo de Jerusalem, es una de las siete epístolas católicas ó canónicas que se ponen en la Biblia despues de las de san Pablo. Llámense *canónicas*, porque contienen cánones ó reglas importantes para el gobierno de las costumbres, y porque asimismo comprenden instrucciones en las materias de fe, derivándose de la palabra *cánon* que significa *regla*. Tambien se llaman *católicas*, es decir, universales ó circulares, por no dirigirse á iglesia ó á persona particular, sino á todos los fieles en general. »

REFLEXIONES.

Ninguno diga cuando es tentado que le tienta Dios. Dios no puede tentar al mal ; y así este Señor á ninguno tienta ; y por tanto, cada uno es tentado por el cebo y

por los atractivos de su propia concupiscencia. Pocos disolutos, pocos mundanos, pocos pecadores hay que no echen la culpa de sus desórdenes á la malignidad del tentador, pretendiendo excusarlos con la violencia de la tentacion. El mundo todo es peligros, esto no se niega; pero porque todo es peligros el mundo, ¿nos hemos de arrojar á ellos aturrida ó atolondradamente? ¿será razon vivir en el mundo sin preservativos, sin atencion y sin temor? Es el mundo un mar borrascoso y cubierto todo de escollos; los navichuelos pequeños y poco cargados los evitan con mas facilidad que los buques soberbios y corpulentos, los cuales reciben mas viento, y se gobiernan con mayor trabajo. Pero despues que se habla tanto de este proceloso mar, tan famoso por los naufragios, ¿se han hecho por ventura mas cuerdos, mas avisados y mas prevenidos los que se engolfan en él? Y si á lo menos nos hiciera mas vigilantes la multitud de los peligros de la salvacion; ¡pero ha! que sucede todo lo contrario; cuanto mas hay por qué temer, menos se teme. ¿Dónde se vive con menos precauciones contra los malos deseos, que en medio de los objetos que los excitan mas? En las córtes de los principes, en el centro de este mundo inficionado y engañoso, ¿qué preservativos se aplican para no contraer el contagio? ¡Y despues nos quejamos, y despues nos admiramos de que sean tan contados los que se preserven de él! Mas nos debiéramos admirar de que alguno se preservase. Si en un estado donde todo es tentacion, todo lazos y peligros; si en un país donde estuviesen inficionadas casi todas las fuentes, casi todos los manantiales, y se tomasen pocas ó ningunas precauciones para librarse del veneno, se conservasen muchos por largo tiempo en perfecta y robusta salud, ¿no seria cosa muy extraña? las almas inocentes, las mas puras se sustentan con la penitencia; rodeadas de espi-

nas y de abrojos, aun no consideran segura la delicada flor de la pureza. El mas leve soplo de viento las sobresalta. La menor infidelidad, la mas lijera imperfeccion causa inquietud á su fervor; ni aun con todas estas precauciones se dan por seguras, ó se imaginan exentas del peligro; mientras una alma imperfecta, una persona religiosa poco observante, poco mortificada, poco inocente, se expone sin temor á los mayores riesgos. No nos quejemos ya ni de los muchos peligros de la salvacion, ni del corto número de los predestinados. Con nosotros mismos llevamos los peligros; en nuestro mismo terreno nace la tentacion. No contentos con el enemigo doméstico que nosotros mismos mantenemos, vamos á buscar otros extraños y forasteros; ¿qué maravilla que seamos vencidos, ni qué milagro que nos precipitemos? Hay condiciones, hay estados, es verdad, en que son mayores y mas frecuentes los peligros; pero todo país donde abundan insectos ponzoñosos, abunda tambien en contra venenos, siendo igualmente fecundo en preservativos y en remedios.

El evangelio es del cap. 14 de san Lucas.

In illo tempore, dixit Jesus turbis: Si quis venit ad me, et non odit patrem suum, et matrem, et uxorem, et filios, et fratres, et sorores, adhuc autem et animam suam, non potest meus esse discipulus. Et qui non bajulat crucem suam, et venit post me, non potest meus esse discipulus. Quis enim ex vobis volens turrim ædificare non prius sedens computat sumptus qui necessarii sunt, si habeat ad

En aquel tiempo, dijo Jesus á las turbas: Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre, á su madre, á su mujer, sus hijos, sus hermanos y sus hermanas, y aun á su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz, y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no computa antes despacio los gastos que son ne-

perficiendum : ne posteaquam posuerit fundamentum, et non potuerit perficere, omnes qui vident, incipient illudere ei, dicentes : Quia hic homo cepit ædificare, et non potuit consummare? Aut quis rex iturus committere bellum adversus alium regem, non sedens prius cogitat, si possit cum decem millibus occurrere ei, qui cum viginti millibus venit ad se? Alioquin, adhuc illo longè agente, legationem mittens, rogat ea, quæ pacis sunt. Sic ergo omnis ex vobis, qui non renuntiat omnibus quæ possidet, non potest meus esse discipulus.

MEDITACION.

DE LA NECESIDAD DE LA PENITENCIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay mas que dos caminos para ir al cielo: la inocencia ó la penitencia. No hay medio. O nunca pecaste, ó eres pecador. ¡Buen Dios! ¿quién se podrá lisonjear de aquella primera inocencia? pues ¿quién se podrá excusar de los rigores de la penitencia? Busca algun otro camino; por lo menos es cierto que Jesucristo le ignoró. Fabriquémonos el sistema que nos pareciere; finjámonos la moral que se nos antojare; pretextos de salud, vanos títulos de la edad, excusas frivolas del amor propio, alegatos aéreos del estado ó de la condicion; no hay privilegios, no hay razones que te eximan de una ley tan indispensable.

cesarios para ver si tiene con qué acabarla, á fin de que, despues de hechos los cimientos, y no pudiendo concluirla, no digan todos los que la vieren: Este hombre comenzó á edificar, y no pudo acabar? O ¿qué rey, debiendo ir á campaña contra otro rey, no medita antes con sosiego, si puede presentarse con diez mil hombres, al que viene contra él con veinte mil? De otra suerte, aun cuando está muy lejos, le envía embajadores con proposiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discipulo.

No hay otro partido que tomar: ó llorar mientras dura el tiempo, ó arder por toda la eternidad; ó infierno, ó penitencia.

Es esta vida el tiempo de la misericordia; es el fruto de la muerte del Redentor. Pero la divina justicia no puede ser frustrada de sus derechos; estos son los que conserva y sostiene la penitencia; ella ocupa, por decirlo así, el lugar de la justicia divina; ella la representa como apoderada suya. Si por cierto; quiere Dios dejar á tu buena fe el castigo de tus pecados; quiere que tú mismo seas el vengador de tus delitos; quiere que tú te impongas á tí propio la pena que merecen; ¿puedes poner tus intereses en manos mas favorables ni amigas? Desengañémonos; todo pecado ha de ser indispensablemente castigado, ó por un Dios vengador, ó por el hombre penitente.

¿Qué penitencia no hizo el mismo Jesucristo solo por haber tomado la apariencia de pecador? Las almas mas puras, los santos mas inocentes pasaron la vida entre los rigores de espantosas penitencias; ¡con cuánta amargura de su corazon, por cuán largo espacio de tiempo mezclaron su pan con las lágrimas por los pecados mas lijeros! Nosotros, gracias al Señor, somos de la misma religion; hemos pecado. ¡Ah! que ninguno hay que no pueda decir con verdad como el Profeta: *Mis maldades me cubrieron mas arriba de la cabeza* (Salm. 37). Pero ¿cuál es nuestra penitencia? En medio de eso, ninguno hay que no espere lograr la misma dicha que gozan los santos; ninguno que no aspire á la misma corona. Mas ¿en qué fundará esta confianza? en los meritos de Jesucristo. Sin duda que á estos divinos méritos deberemos nuestra salvacion. Pero ¿será sin hacer penitencia? Escuchemos al oráculo del mismo Jesucristo: *Si no hiciéreis penitencia, todos pereceréis* (Luc. 13). No ignoraba él lo que valía su sangre; conocia perfectamente el precio y la virtud